

La muerte en las novelas *Salón de belleza* de Mario Bellatin y *Les particules élémentaires* de Michel Houellebecq

IVÁN SALINAS ESCOBAR

Universidad Sorbonne nouvelle-Paris 3

CERC/CRLA

Francia

Resumen

En este artículo se discute la forma en que las novelas *Salón de belleza*, de Mario Bellatin, y *Les particules élémentaires*, de Michel Houellebecq, abordan la temática de la muerte. El diálogo entre ambas ficciones permite examinar algunos alcances éticos, epistemológicos y antropológicos de los horizontes de expectativas que definen lo que caracteriza o no a un ser humano frente a esta experiencia límite. Por una parte, se examina la ambivalencia de los espacios creados por los personajes, en donde se atribuye una forma específica de humanidad distinta a la que presuponen sus respectivos horizontes de expectativas presentes en las ficciones. Por la otra, se aborda la dificultad que viven los personajes al afrontar la muerte, obligados como están a construirse una nueva visión del mundo que les permita conservar un sentido de humanidad sin perder la razón frente a la experiencia última del ser humano que escapa a toda explicación racional.

Palabras claves: muerte, Mario Bellatin, Michel Houellebecq, alteridad, epistemología, estado de excepción

Abstract

This article discusses the way in which Mario Bellatin's *Salón de belleza* and Michel Houellebecq's *Les particules élémentaires* novels look at the subject of death. The dialogue between the two works of fiction allows us to explore some of the ethical, epistemological and anthropological implications of the

horizon of expectations that define a human being who is dealing with this ultimate experience. On the one hand, this work analyses the ambivalence of the spaces created by the characters where a specific form of humanity is attributed, different than the one assumed in their horizon of expectations recreated in the novels. On the other hand, the paper addresses the difficult time this characters go through when facing death, forced by their circumstances to build a new world vision, which will allow them to retain a sense of humanity without losing their minds during the ultimate experience of the human being that escapes every rational explanation.

Key words: death, Mario Bellatin, Michel Houellebecq, otherness, epistemology, state of exception

Este texto se propone abordar algunos aspectos del tema de la muerte presentes en *Les particules élémentaires* (1998), de Michel Houellebecq, y en *Salón de belleza* (1994), de Mario Bellatin. Antes de hacerlo, me interesa discutir en primer lugar la cuestión misma de la muerte y su representabilidad.

A pesar de que se ha intentado circunscribir la muerte al lenguaje, no hay hasta la fecha un consenso sobre las implicaciones que tiene para un ser humano la última etapa de su existencia vital. La dificultad de otorgar un significado no equívoco a esta experiencia radica en su constitución fenomenológica. El lenguaje se queda “mudo” frente a la muerte ya que el ser humano no puede vivirla como un acontecimiento pues, luego de fallecer, se encuentra físicamente incapacitado para mirar hacia atrás y organizar mentalmente lo vivido. Ante la imposibilidad de vivir la propia muerte, cuando se genera un discurso que quiere dibujar sus contornos, se termina hablando por fuerza de la muerte del otro, nunca de la experiencia hecha desde el «yo», como bien dice el filósofo francés Vladimir Jankélévitch:

Para mí no hay una muerte verdaderamente mía – es más: sólo muero para los otros, nunca para mí mismo, como por mi parte sólo conozco la muerte del otro, esa que el otro desconoce. En una palabra, *nos es imposible hacer cohabitar el indicativo presente y la primera persona*. Lo cual quiere decir: puedo concebir esta unión de forma natural, pero nunca puedo vivirla de forma efectiva.¹ (Jankélévitch, 2008: p. 33; yo subrayo)

Como experiencia, el saber que tenemos de la muerte se detiene en la enunciación que realiza un agonizante momento antes de fallecer. Luego, no hay nada más que se pueda decir sobre esta experiencia durante y, menos aún, después. Para distinguir entonces la experiencia de perecer, individual y única, de la experiencia de ver perecer *a los otros*, podemos diferenciar la muerte del morir, entendiendo esto último como el conjunto de situaciones que acompañan la desaparición de alguien y que pueden ser percibidas y descritas por alguien diferente. Con esta especificación, vemos la pertinencia de interrogar el morir –y no la muerte– para permanecer en el espacio del sentido. De tal modo es

posible entender la fuerza que las obras literarias transmiten pues abren (a pesar de la distancia que imponen al lector en un primer tiempo) un espacio positivo en el que los seres humanos pueden verse reflejados o rechazados –pero nunca reducidos a la nada de la muerte–. Solo los escritores realizan una cierta transubstanciación que los hace “morir” pues, como afirma Fernández Mallo: “escribir es haber muerto. Sólo la muerte pasa la vida a limpio y a esa distancia es capaz de reescribirla. Por eso sólo el escritor es quien narra el mundo de los vivos desde el mundo de los muertos” (Fernández Mallo, 2007: p. 72). A partir de los ejemplos literarios de morir, el ser humano se proyecta e imagina las implicaciones de la muerte en tanto experiencia de vida. ¿Qué matiz dar entonces a la muerte de los demás?

Para entender a cabalidad la manera en que los escritores enfrentan las posibilidades de morir en el ámbito de la ficción, me parece indispensable mencionar la distinción radical que Louis-Vincent Thomas hace de los tipos de muerte que pueden afectar a un ser vivo. Este tanatólogo considera la muerte como el estado en el que entra un organismo cuando sus funciones vitales se detienen de manera definitiva por una de las dos siguientes causas:

–Las causas endógenas aseguran la muerte genética o natural [...]

–Las causas exógenas [...], fuentes de muerte accidental, provocan más bien un acontecimiento añadido, es decir perturbador con respecto al programa genético.² (Thomas, 1998: p. 38)

Por una parte, está la forma de la muerte que roe interna y paulatinamente

a los seres vivos; por la otra, está otra forma que impacta con violencia el organismo y ocasiona una ruptura de su equilibrio vital. Esta distinción me sirve para introducir las novelas que pienso comentar aquí, ya que tanto en *Les particules élémentaires* como en *Salón de belleza*, ambos tipos de muerte, la interna y la externa, inciden en la narración volviéndose el eje principal desde o hacia el cual la ficción se orienta, afectando de forma medular la percepción que los personajes tienen del mundo y la forma en que se relacionan entre sí. La radicalidad de las respuestas dadas por ambos autores altera el orden establecido generando así una nueva concepción de las cosas, más incluyente, sí, pero al mismo tiempo altamente problemática.

Les particules élémentaires, del francés Michel Houellebecq (1999), se centra en la vida de Michel Djerzinski, científico cuyas investigaciones a finales del siglo XX sirvieron de base para eliminar del código genético de los hombres las causas “endógenas” de la muerte. Por su parte, en el libro de Mario Bellatin, un antiguo prostituto transformado en estilista homosexual, propietario de un *Salón de belleza* (1994) que pudo montar con sus ahorros, decide convertir su salón en un “Moridero” para acoger de forma solidaria a sus pares: hombres homosexuales que, contaminados por un virus desconocido e incurable, son rechazados de toda estructura social y familiar.

Ambas novelas, cada una a su manera, van a dar una respuesta particular a la presencia de la muerte: de forma abierta en *Les particules élémentaires*, en donde se consigue eliminar la muerte del código genético de los hombres; o de forma cerrada en *Salón de*

belleza, en donde se asume que morir no tiene cura. Para poder comentar las implicaciones que tienen cada una de estas opciones para la ficción, mencionaré momentos clave del recorrido existencial que llevó a estos personajes a actuar como lo hacen, rompiendo los esquemas que su sociedad les había impuesto, abriendo (y clausurando al mismo tiempo) nuevas perspectivas para entender y asumir el fin de la vida.

En primer lugar, hablaré de la ficción de Bellatin. Antes de dedicarse a cuidar a enfermos en estado de agonía, el personaje-narrador de *Salón de belleza* al que llamaré “Moridor”, ya había dado albergue temporal a personas heridas por los Matabros, una especie de paramilitares de las buenas costumbres dedicados a golpear, en muchas ocasiones hasta la muerte, a hombres travestidos que salen a la calle –como solía hacerlo el mismo narrador–. El Moridor aloja a estos hombres animado por un sentimiento de solidaridad:

Muchos [compañeros] no sobrevivían a los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento alguno salía con vida era peor. En los hospitales siempre los trataban con desprecio y muchas veces no querían recibirlos por temor a que estuviesen contagiados. Desde entonces me nació la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía donde recurrir. (Bellatin, 2005: p. 28)

No obstante, el vuelco existencial que vivirá el personaje y su local no surgirá de estos actos ocasionales, sino del hecho de acoger a una persona afectada por la enfermedad que carece de nombre:

uno de los compañeros que trabajaba conmigo me contó que uno de sus amigos más cercanos estaba al borde de la muerte y no querían recibirlo en ningún hospital. Su familia tampoco quería hacerse cargo del enfermo y por falta de recursos económicos su única alternativa era morir bajo uno de los puentes del río que corre por la ciudad. (p. 42)

El sufrimiento que vive el Moridor nace al descubrir que este padecimiento no tiene solución pues, a pesar de la tentativa que realiza junto con sus compañeros para tratar de salvar a este huésped de las garras de la enfermedad, sus esfuerzos resultan vanos:

Aquel joven murió al mes de su internamiento. Recuerdo que casi nos volvimos locos al tratar de restablecerlo. Convocamos a algunos médicos, enfermeras y yerberos. También personas que se dedicaban a la curandería. Hicimos algunas colectas entre los amigos para comprar medicamentos que eran sumamente caros. Todo fue inútil. Resultó mayor el desgaste físico y moral infligido al enfermo y a los que lo acompañábamos que el causado por aquel tratamiento. La conclusión fue simple. *El mal no tenía cura.* (p. 42; yo subrayo)

La reacción extrema del Moridor hacia la sociedad debe entenderse por el contexto de marginalidad en el que vive de forma permanente. Los homosexuales de esta ciudad viven recluidos en los lugares adquiridos por la costumbre, espacios en donde dan rienda suelta a sus impulsos eróticos, como el baño turco en donde suelen ir para abandonarse al placer desenfrenado de una orgía constante (p. 31) o los sitios en donde pueden vestirse de mujer,

como el mismo salón de belleza (p. 32). Hay una zona más que ocupan, las avenidas en donde van a buscar amantes ocasionales, cuya permeabilidad hacia el mundo no-homosexual permite que corran el riesgo de ser agredidos por los Matacabros.

La tolerancia de la sociedad que les permite moverse en estos espacios sin sentirse amenazados desaparece por completo cuando estos homosexuales se ven contaminados por la enfermedad sin nombre (detrás de la cual la crítica³ ve sin mucha dificultad la huella del sida, tan presente en el imaginario occidental a principios de los años 90 y que influyó indudablemente en el imaginario de la novela). Esta enfermedad, nueva e incurable como hemos visto con la cita, se transmite casi únicamente por vía sexual. Sobre esta enfermedad, Susan Sontag afirma en su libro canónico sobre el tema *El sida y sus metáforas*:

En el caso del sida, la vergüenza va acompañada de una imputación de culpa, y el escándalo no es para nada recóndito. [...] La mayor parte de los aquejados de sida, fuera del África subsahariana, saben (o creen saber) cómo lo contrajeron. No se trata de un mal misterioso que ataca al azar. No, en la mayor parte de los casos hasta la fecha, tener sida es precisamente ponerse en evidencia como miembro de algún «grupo de riesgo», de una comunidad de parias. [...] dentro del grupo de riesgo norteamericano más seriamente tocado al principio, el de los varones homosexuales, ha servido para crear un espíritu comunitario y ha sido una vivencia que aisló a los enfermos y los expuso al vejamen y la persecución.⁴ (1989: p. 25)

Del mismo modo, esta “comunidad de parias” sufre en *Salón de belleza* el estigma social que los excluye de la comunidad, haciéndoles perder su estatuto de humano. Si bien el Moridor había abierto las puertas de su salón para acoger a hombres como él, a manera de acto de solidaridad desafiando la violencia que representa la muerte del otro, su gesto se ve sobre todo motivado por el escándalo que representa a sus ojos que las personas, por su doble condición de homosexuales y de enfermos, tengan que morir en la calle como seres vivos no humanos. Por eso dice el Moridor de la gente que venía a morir en su local:

si no había otro remedio, lo mejor era una muerte rápida en las condiciones más adecuadas que era posible brindársele al enfermo. No me conmovía la muerte en cuanto tal. *Buscaba evitar que esas personas perecieran como perros en medio de la calle* o abandonados por los hospitales del Estado. En el Moridero contaban con una cama, un plato de sopa y la compañía. (Bellatin, 1994: p. 42; yo subrayo)

Para el narrador, la violencia extrema de la situación proviene no tanto de la muerte en sí, que no lo conmueve, sino de la animalización/deshumanización que sufren sus iguales. El Moridor vive la expulsión de estas personas enfermas como una agresión límite hacia su idea de lo que es humano: al rechazar a este tipo de gente (homosexual y contaminada), la sociedad los expulsa de la comunidad – sin que sea posible dar marcha atrás–.

La situación radical en la que terminan viviendo los homosexuales en la novela de Bellatin establece un punto

de contacto con los personajes principales de *Les particules élémentaires*, quienes viven también en los márgenes de la sociedad pues sus comportamientos enfermizos e indiferentes a los códigos en curso no cumplen con los lineamientos de lo que es ser un individuo a finales del siglo XX: trabajar, socializar, comprar, no deprimirse y, sobre todo, no intentar cambiar nada.

La lista de experiencias desdichadas que conocen los personajes de la novela de Houellebecq es tan vasta que sería contraproducente abordarlas aquí. Tan solo mencionaré las dos situaciones clave que, a mi parecer, hacen que el personaje principal, Michel Djerzinski, oriente su investigación científica para hallar los mecanismos que permitan borrar la muerte del código genético de los hombres, permitiendo el surgimiento de una raza que suplante a la humanidad tal y como la conocemos. La primera de ellas, uno de los elementos clave que afecta a las generaciones de la 2.^a mitad del siglo XX, es el individualismo a ultranza que rompió definitivamente los lazos hereditarios capaces de organizar un grupo a partir de una idea de bienestar común (aunque no lo alcanzaran nunca, por supuesto). Michel, al igual que su medio hermano Bruno, fue abandonado por sus padres, los cuales consideraban que “los cuidados fastidiosos que necesita un niño pequeño [eran] poco compatibles con su ideal de libertad personal” (Houellebecq, 1998: p. 36).⁵ La existencia de Michel fue afectada desde sus primeros años al ser objeto de maltratos físicos. El padre, Marc Djerzinski, quien permaneció ausente durante varios meses, descubre un día a su hijo

en un charco de orina o de excrementos. [El niño] Parpadea gimiendo sin cesar. Al percibir una presencia humana, intentó huir. Marc lo tomó entre sus brazos: lleno de terror, el niño temblaba entre sus manos.⁶ (p. 40)

El pequeño Michel es incapaz de reconocer a su propio padre y tranquilizarse. Para él, Marc es un ser más de los que, dado el pánico que lo invade, podemos deducir se divierte vejándolo. La gravedad de esta experiencia se entiendo al apelar a la literatura especializada en el maltrato infantil:

Algunos niños que sufrieron en el curso de sus primeros años malos tratos, asociados a verdaderas experiencias de privación sensorial (contactos reducidos a lo mínimo con los adultos, encierro en la obscuridad) desarrollan un estado comparable al autismo [...] Estas formas graves que pueden ser calificadas junto con R. Lefort como psicosis traumáticas son difícilmente curables: el niño evoluciona constantemente hacia un estado psicótico en el que parece percibir el entorno, seres y objetos indiferenciados, de forma particularmente amenazante y desintegradora.⁷ (Straus, Manciaux *et al.*, 1982: pp. 119-121)

Para su buena suerte, y a diferencia de los niños que permanecen encerrados en el traumatismo infantil de este tipo, Michel consigue tener una vida más o menos aceptable (realizar estudios de muy alto nivel, convertirse en un científico de renombre), gracias a su capacidad intelectual más que sobresaliente. Sin embargo, el hecho de ser un engranaje funcional más de la sociedad no elimina el desfase social en el que vive sumido, incapaz de establecer la

mínima relación interhumana simple con sus semejantes. Gracias a Bruno, el medio hermano de Michel que también fue dejado de lado por sus padres cuando era muy pequeño, podemos comprobar que las reglas del juego se han alterado para una gran parte de la población y no solo para Michel.

Junto con el fin de la herencia transgeneracional, la segunda situación que anima al personaje de Michel para buscar una vía alterna al sufrimiento cotidiano de los seres marginales en la sociedad occidental de finales del siglo XX, es precisamente erradicar la violencia que los más fuertes (en todos sentidos: físico, psicológico, moral, social) ejercen en los más débiles. En la novela, el caso más evidente de maltrato de toda índole es el que sufre el medio hermano de Michel, Bruno, quien desde sus primeros años se ve caracterizado como un macho omega frente a la dominación de los machos alfa. Por mencionar tan solo uno de los ejemplos más crudos de la novela, citaré el momento en que abusan de él en los baños de la institución:

Pelé [unos de los mayores] cachetea violentamente a Bruno, quien se pone a llorar. Luego lo avientan al piso, lo atrapan de los pies y lo arrastran por el suelo. Cerca del inodoro le arrancan los pantalones de su pijama. [...] Dos lo tienen agarrado del pelo y lo obligan a abrir la boca. Pelé le pasa un cepillo de baño por la cara. Bruno siente el sabor de la mierda. Aúlla. [...]

Con una seña, los otros le ponen crema de afeitar en el sexo. Brasseur abre una navaja de afeitar y le acerca la hoja. Bruno se caga del miedo.⁸ (Houellebecq, 1998: p. 57)

El terror de esta violencia física hará que Bruno se mantenga al margen del grupo de forma permanente. Su marginalidad, reforzada por su condición de niño “temeroso y obeso”, harán que el pequeño se vuelva incapaz de integrar más tarde los círculos sociales a los que podría tener derecho (amigos, novias, etc.), no solo por su timidez, sino por el rechazo mismo de la sociedad que ve en él a un ser despreciable, feo e incapaz de comportarse, aunque sea en apariencia, como los machos alfa.

Así, las dos existencias traumatizadas de Michel y de Bruno denuncian en *Les particules élémentaires* la doble ruptura que se da en una comunidad de seres vivos que no solo ha dejado atrás cualquier forma de comportamiento que asuma las impulsiones instintivas (puramente biológicas) del animal respetando, por ejemplo, los comportamientos de sumisión, de reproducción temporal, de empatía de la especie, sino que también carece por completo de todo lazo de herencia que permita una verdadera comunidad social (moral, religioso, racional, científico, etc.).

Para Michel, la humanidad tal y como la conoce no tiene solución, pues los seres humanos rechazan cualquier transformación voluntaria que vuelva posible una comunidad sin sufrimiento. De tal modo, y para encontrar una solución que resuelva esta problemática, se plantea como científico la posibilidad de transformar desde el interior a los hombres. La genialidad de esta ficción es la de pensar, a la manera de otros libros de proyección, que es posible sentar las bases de una humanidad distinta, liberada de las causas endógenas que en un momento u otro hacían surgir en el individuo la experiencia de

la muerte. La novela nos invita así a imaginar un mundo nuevo en el que nadie muere y en el que la búsqueda de ser el más poderoso resulta algo obsoleto. Para volver aún más igualitario el futuro de esta humanidad, la ficción considera como lo más viable hacer que los seres nuevos sean reproducidos por clonaje. De tal modo, los seres humanos dejan al fin de luchar entre sí para ver quién es el más fuerte y el mejor, enfocando su energía en nutrir sus mentes con la armonía y la paz de un mundo en donde el temor de la muerte ha pasado a segundo plano.

La creación de una nueva humanidad gracias a la labor científica de Michel Djerzinski puede, y debe, verse entonces como la contraparte del Moridero creado por el personaje principal de la novela de Bellatin. Tanto uno como otro permiten que surja un espacio nuevo que resuelve las problemáticas que ponen en peligro la imagen del mundo (y de la comunidad), tal y como la conciben los autores. Por un lado, la novela de Bellatin se puede leer como un manifiesto por antroipoizar a las personas que la sociedad ha relegado al estatuto de animal obligándolos a morir como perros. Mediante la creación del Moridero, la ficción afirma que no solo es posible, sino indispensable incluir en el imaginario colectivo la particularidad que presenta los comportamientos marginales (en este caso la homosexualidad) como una forma más de existencia del ser humano. Curiosamente, en tanto espacio de excepción, el Moridero invierte la valencia impositiva del “estado de excepción” que (tal y como lo entiende Giorgio Agamben) “se presenta como la forma legal de aquello que no puede tener forma legal” (2005: p. 24). Si el

estado de excepción es la forma política de exclusión de una cierta categoría de individuos de la comunidad, la “ilegalidad” del Moridero permite que se vuelva legal (entendido como algo no penado por el conjunto) la marginalidad de los homosexuales. Dentro del Moridero los hombres son seres que son iguales a los demás frente a la muerte y que, como tales, ya no deben plegarse a las normas morales para ser considerados plenamente seres humanos.

En cuanto a *Les Particules élémentaires* de Michel Houellebecq, la creación de una nueva raza de seres humanos permite restar toda importancia a los núcleos vitales que estructuran la vida de nuestras sociedades contemporáneas, regidas por la búsqueda del placer individual en detrimento de la comunidad. Como bien dice el narrador de la novela, un ser nuevo liberado de nuestras taras emotivas y existenciales:

Después de haber roto el vínculo filial que nos unía a la humanidad, vivimos. En opinión de los hombres, vivimos felices; es verdad que fuimos capaces de superar las fuerzas, insuperables para ellos, del egoísmo, la crueldad y la ira; vivimos de todos modos una vida diferente. La ciencia y el arte siguen existiendo en nuestra sociedad, pero la búsqueda de la Verdad y la Belleza, menos estimulada por el estímulo de la vanidad personal, ha adquirido por ende un carácter menos urgente.⁹ (pp. 393-394)

Esta situación crea, de forma radical, un estado de excepción, diferente, del que quedan excluidos todos los atributos que, de uno u otro modo, son asociados al libre albedrío. Aunque de

forma opuesta a Bellatin, en donde el nuevo espacio permite hacer válido un comportamiento socialmente reproducible, en Houellebecq no hay una adición, sino una substracción de las cualidades “humanas” que nos definen según nuestro horizonte de expectativas. Lo irónico e intrigante de este proceso es que sólo una raza de seres humanos capaz de vivir en armonía podrá hacerlo desprovista de eso que se suele considerar el o los elementos definitorios del carácter del individuo actual.

Como todo proceso de ampliación del imaginario, el que llevan a cabo los personajes de Bellatin y de Houellebecq mediante la creación del Moridero y de la nueva raza de humanos no carece de consecuencias para las visiones del mundo existentes. No tengo tiempo para extenderme, pero mencionaré dos puntos problemáticos de cada novela. En *Salón de belleza*, el Moridor debe transformarse en una especie de robot insensible para poder enfrentar la muerte cotidiana sin perder la razón. Para él, cuyo único interés es hacer que la gente deje fuera toda esperanza al entrar en el Moridero, a la manera del infierno dantesco, resulta contradictorio mostrarse atento o afectuoso con los huéspedes pues, al establecer una relación empática con alguien, necesariamente se le da ánimo y, por ende, esperanza de vivir.

En *Les particules élémentaires*, durante la transición de la antigua a la nueva humanidad, los hombres pierden no sólo la capacidad de libre albedrío, sino que también deben abandonar la profusión de la diversidad genética que puebla el planeta Tierra. En la ya clásica película de Andrew Niccol *Gattaca* (1997), encontramos una situación casi idéntica: la humanidad es capaz de

modificarse para ser la mejor genéticamente hablando. Sin embargo, cuando para Niccol lo esencial es dejar en claro que, frente a los avances tecnológicos, solo nuestra voluntad y nuestro tesón nos permitirán alcanzar nuestros más profundos anhelos, en Houellebecq lo esencial es erradicar por completo eso que, hasta ahora, nos caracterizaba, para poder acceder así a una nueva humanidad mediante un cambio radical. Dado que durante siglos los hombres fueron incapaces de transformar su especie usando la razón, entonces solo queda realizar la transformación de forma biológica: “LA MUTACIÓN NO SERÁ MENTAL SINO GENÉTICA” (Houellebecq, 1999: p. 392).¹⁰ Los humanos, conscientes del beneficio del cambio, aceptan con tranquilidad, resignación y un alivio secreto “su propia desaparición” (p 393).¹¹

Para concluir, quisiera añadir que contrastar este par de ficciones nos permite ampliar la forma en que podemos concebir y, por ende, apropiarnos de la idea de la muerte. Gracias a Bellatin, asumimos que la muerte es un callejón sin salida frente al que no hay solución y, también, nos damos cuenta de la fuerte carga antropológica que tiene el hecho de ocuparse de alguien que va a fallecer. Houellebecq, por su parte, nos invita a realizar un arduo esfuerzo de proyección por el cual nos pensamos distintos de lo que somos. Este salirnos de nosotros mismos relativiza la inmediatez de nuestro comportamiento y nos ofrece la posibilidad de vernos y de comportarnos de manera distinto, en constante apertura hacia el otro. Si buscamos cómo concebir nuestros dolores, nuestros sufrimientos, e indudablemente la angustia de pensar en nuestra muerte futura sin perder

el norte de nuestra relación con nosotros mismos –no con el otro–, teniendo siempre en mente una intención ética, política, existencial, la literatura nos da los elementos de diálogo al permitirnos sufrir con ese otro que pone en juego su existencia en el papel, gracias al mundo paralelo que crea la ficción. Frente al silencio del que ya no pueden escapar los personajes, nuestra ventaja es poder ir más allá y preguntarnos si hacemos las preguntas correctas, si no deberíamos tal vez desplazarlas y recentrar aquello que constituye nuestra preocupación principal: poder vivir en paz, en armonía, gozando de nuestra individualidad dentro de los límites del respeto al otro, antes de que nos llegue la hora.

Notas

1. Salvo indicación contraria, la traducción de las citas es mía: “Il n’y pas pour moi de mort vraiment mienne – mieux encore : je ne meurs que pour les autres, jamais pour moi-même, comme à mon tour je connais seul la mort de l’autre, que l’autre lui-même ne connaît pas. Ce qu’en un mot *il nous est impossible de rejoindre, c’est l’indicatif présent d’une part, et la première personne d’autre part. Ou ce qui revient au même : je puis bien concevoir cette jonction naturellement, je ne puis jamais la vivre effectivement*”.
2. “– Les causes endogènes assurent la mort génétique ou naturelle [...] – Les causes exogènes [...], sources de mort accidentelle provoquent plutôt un événement surajouté, donc perturbateur par rapport au programme génétique”.
3. Por citar solo dos trabajos, mencionare el capítulo “2.2.4. *Salón de belleza*. No hay mayor bendición que la agonía rápida” (pp. 118-143) de la tesis de maestría que presentó Dolores Bosch Sanz en la UNAM en 2002, así como el artículo de Andrea Kottow “El SIDA en la literatura latinoamericana: prácticas discursivas e imaginarios identitarios”, in *Aisthesis*. 2010, n. 47, pp. 247-260.
4. “With AIDS, the shame is linked to an imputation of guilt; and the scandal is not at all obscure [...] Most people outside of sub-Saharan Africa who have AIDS know (or think they know) how they got it. It is not a mysterious affliction that seems to strike at random. Indeed, to get AIDS is precisely to be revealed, in the majority of cases so far, as a member of a certain “risk group,” a community of pariahs. [...] among the risk group in the United States most severely affected in the beginning, homosexual men, has been a creator of community as well as an experience that isolates the ill and exposes them to harassment and persecution”.
5. “Les soins fastidieux que réclame l’élevage d’un enfant jeune parurent vite au couple peu compatibles avec leur idéal de liberté personnelle”.
6. “dans une flaque d’urine ou d’excréments. Il clignait des yeux et gémissait continuellement, percevant une présence humaine, il tenta de prendre la fuite. Marc le prit dans ses bras ; terrorisé, le petit être tremblait entre ses mains”.
7. “Certains enfants ayant subi au cours de la première année des mauvais traitements associés à des véritables expériences de déprivation sensorielle (contacts avec l’adulte réduits au minimum, claustration dans le noir) développent un état comparable à l’autisme, avec absence de réaction aux stimuli sonores et visuels, absence de contact et retard psychomoteur. [...] Ces formes graves que l’on peut

- qualifier avec R. Lefort de psychoses traumatiques sont difficilement curables : l'enfant évolue fréquemment vers un état psychotique où il semble ressentir l'entourage, êtres et objets indifférenciés, comme particulièrement menaçant et morcelant pour lui".
8. "Pelé [...] gifle violemment Bruno, qui se met à pleurer. Puis ils le poussent à terre, l'attrapent par les pieds et le traînent sur le sol. Près des toilettes, ils arrachent son pantalon de pyjama. [...] Ils sont deux à le tenir par les cheveux, ils le forcent à ouvrir la bouche. Pelé lui passe un balai de chiottes sur le visage. Il sent le goût de la merde. Il hurle. [...] Sur un signe, les autres passent de la mousse à raser sur son sexe. Brasseur déplie un rasoir, approche la lame. Bruno chie de peur".
 9. « Ayant rompu le lien filial qui nous rattachait à l'humanité, nous vivons. À l'estimation des hommes, nous vivons heureux ; il est vrai que nous avons su dépasser les puissances, insurmontables pour eux, de l'égoïsme, de la cruauté et de la colère ; nous vivons de toute façon une vie différente. La science et l'art existent toujours dans notre société, mais la poursuite du Vrai et du Beau, moins stimulée par l'aiguillon de la vanité individuelle, a de fait acquis un caractère moins urgent ».
 10. "LA MUTATION NE SERA PAS MENTALE, MAIS GÉNÉTIQUE".
 11. "avec quelle douceur, quelle résignation, et peut-être quel secret soulagement les humains ont consenti à leur propre disparition".

Bibliografía

- Gattaca*. Dir. Andrew Niccol. Perf. Ethan Hawke, Uma Thurman y Jude Law. Columbia Pictures, 1997.
- Agamben, Giorgio. *Estado de excepción. Homo sacer, II, I*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.
- Bellatin, Mario. *Obra reunida*. México: Alfaguara, 2005.
- Bosch Sanz, Dolores. *La propuesta narrativa de Mario Bellatin* (tesis de maestría en Letras: asesor Federico Alvarez Arregui). México: UNAM, 2002. Consultado en línea el 1/07/2017 en <http://132.248.9.195/pdtestdf/0311408/Index.html>
- Fernández Mallo, Agustín. *Nocilla dream*. Barcelona: Candaya, 2007.
- Houellebecq, Michel. *Les particules élémentaires*. Paris: Flammarion, 1998.
- Jankélévitch, Vladimir. *La mort*. París: Flammarion, 2008.
- Kottow, Andrea "El SIDA en la literatura latinoamericana: prácticas discursivas e imaginarios identitarios". *Aisthesis*, n.º 47, 2010: pp.247-260. Consultado en línea el 1/07/2016 en <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-71812010000100017>
- Sontag, Susan. *AIDS and Its Metaphors*. New York: Farrar & Straus and Giroux, 1989.
- Straus, Pierre, Michel Manciaux *et al.* *L'Enfant maltraité*. París: Éditions Fleurus, 1982.
- Thomas, Louis-Vincent. *La mort. Que sais-je ? N° 236*. París: PUF, 1998.

